

Bienvenido 'Monsieur le Tour'

Entre pasodobles y verbenas, cualquier pueblo francés se transforma con la llegada de la 'grande boucle'. Y más si es el 14 de julio, fiesta nacional. Serre Chevalier fue el miércoles la ciudad más feliz del mundo, en el país más feliz del mundo

JAVIER VALENZUELA

Serre Chevalier

Cuando, tras una larga tanda de pasodobles, la orquesta atacó directamente el *Que viva España*, la cosa fue evidente. El cielo estrellado, las bombillas de colores, la humareda del puesto de fritones, las aperturas de los bailarines en la plaza, los coros de niños brincando alrededor, la reunión de gentes; todo eso ya se emparentaba con una verbena española. Pero con el público coreando los pasodobles con sonoros *olé*s y entonando con no menos entusiasmo el estribillo del *Que viva España*, el baile popular de la noche del 14 de julio en Serre Chevalier se transformó en una declaración de amor.

Celebraba Serre Chevalier el aniversario de la toma de la Bastilla. Al anochecer habían desfilado por la Rue Centrale decenas de niños con antorchas y farolillos, para gran contento de los que se zampaban *fondues* y *raclettes* de queso en las terrazas de los restaurantes. Más tarde, miles de personas se habían concentrado al borde del lago para ver los fuegos artificiales sobre el telón de fondo de las montañas nevadas. Mirando a aquellas gentes se encontraba una respuesta a la pregunta que *Le Nouvel Observateur* había planteado la semana anterior en su portada: "¿Por qué el 88% de los franceses se declaran felices?"

Pero Serre Chevalier era esa noche más feliz que las otras localidades francesas. Serre Chevalier era la capital del Tour, lo que en esos momentos quería decir, como mínimo, la capital de Francia. El televidero de las 19 horas de *France-3* había anunciado: "Serre Chevalier se prepara para vivir una velada histórica". El de las 20 horas de *TF-1* había dado como primera noticia el relato entusiasmado de las hazañas de Miguel Induráin en la primera etapa de montaña del Tour, la que, tras 204 kilómetros de subidas y bajadas, había terminado en Serre Chevalier.

"Induráin ha estado imperial", sentenció Frederic George al despedir a los periodistas que se aprestaban a festejar la noche del 14 de julio. Nacido en Arles, George, recepcionista de un hotel, añadió que, en la escala de sus aficiones, sólo la corrida de toros a la camarguesa superaba al Tour. A primeras horas de la tarde, había abandonado su puesto para ver por la televisión el final de la etapa, un acontecimiento que ocurría a cinco minutos a pie. El pasmo todavía no le

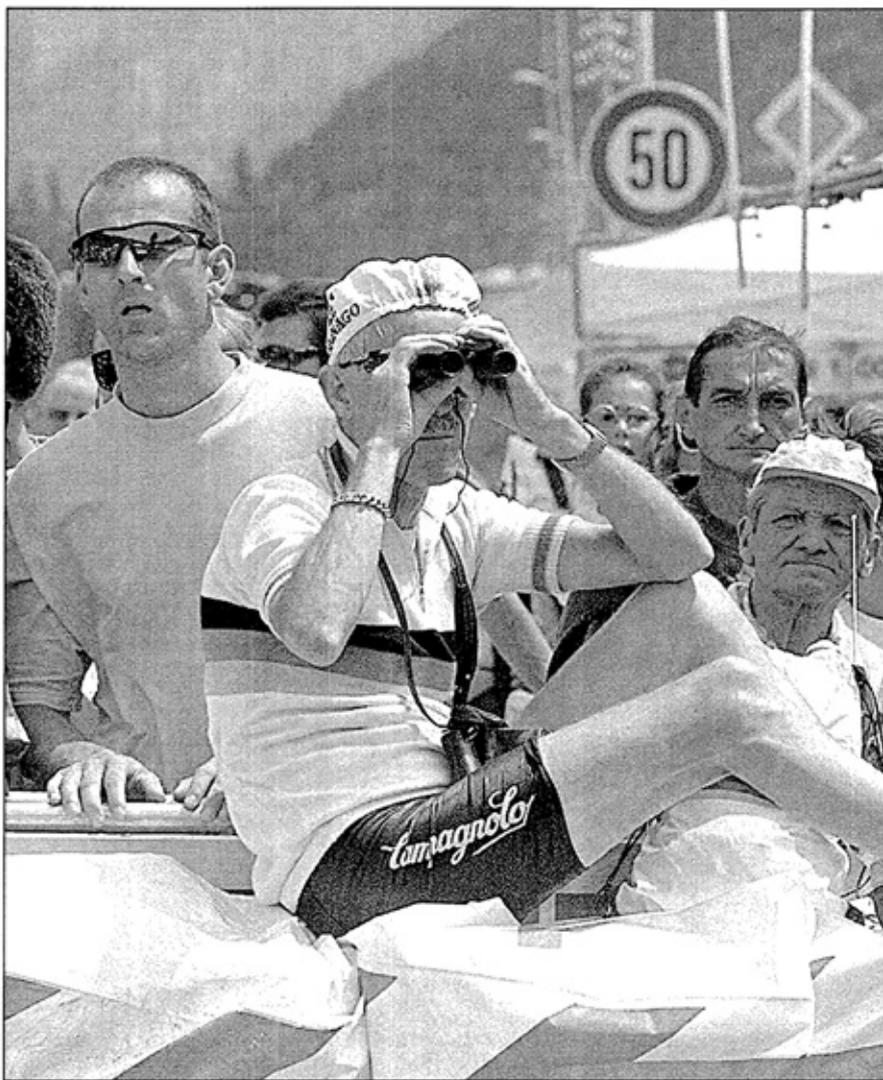
había abandonado. "Nunca hubiera imaginado que pudiera subirme el puerto del Galibier con la frescura con que lo ha hecho Induráin", dijo.

Hasta el mediodía del 13 de julio, Serre Chevalier era una estación de esquí reconvertida con sabiduría en localidad de verano montaño. El pueblo, de un millar de habitantes permanentes y camas para albergar a 10.000 personas más, se estaba limpio, ordenado y tranquilo. Los niños se subían a las canoas de un pequeño lago o alborotaban en el área de toboganes y columpios. Los grandes planeaban excursiones a pie o a caballo por las montañas. Los Alpes Altos, la región de Serre Chevalier, había sido escogida hacia unas semanas por *Le Point* como la mejor zona de Francia. "Los Alpes Altos", decía el semanario, "encarnan los valores a los que hoy aspiran los franceses: el sol, el deporte y la ecología". En busca de eso y, sobre todo, del espectáculo de la principal competición ciclista del mundo trepaba, el 13 de julio, la caravana que precede al Tour.

Cientos de suizos, italianos, franceses, holandeses, alemanes e ingleses pedaleaban en dirección a la estación alpina. Eran esos ciclistas aficionados que se ponen como objetivo intentar realizar todo el trazado del Tour que le permitan sus fuerzas. Se les veía asfixiados. Roy Jacob, un estudiante de ingeniería mecánica de 17 años de edad, había venido desde la ciudad holandesa de Venlo tan sólo para demostrarse a sí mismo que podía escalar en bicicleta los 2.645 metros de altura del Galibier. No lo había conseguido. A la mitad de la ascensión, su novia había tenido que recogerle en coche. "En mi vida he sufrido tanto", confesaba.

Las bicicletas eran adelantadas por los turistas de las gentes que iban expresamente a Serre Chevalier para ver la llegada del Tour, y por las furgonetas y los camiones de los organizadores de la competición. Esa misma tarde, el 13 de julio, todo o casi todo tenía que estar listo para el gran día, el siguiente. "Todo se decidirá en los Alpes", anunciaba el diario *L'Équipe*. Después del mazazo de Induráin en la contrarreloj, el corredor navarro tenía que demostrar una vez más que también sabía subir.

En la noche del 13 de julio, la mitad del montaje ya estaba hecho: la línea de meta con sus tribunas, la pantalla gigante de te-



Un viejo cicloturista, rodeado de curiosos, no quiere perderse detalle de la llegada de los corredores a Serre Chevalier. La espera de los ciclistas, que puede alargarse durante horas, se hace insostenible para un niño.

levisión, la megafonía, la carpita de la sala de Prensa, los estudios de radio y televisión, un hospital atendido por medio centenar de bomberos, socorristas y médicos, las oficinas bancarias ambulantes, cientos de líneas telefónicas provisionales y todo lo demás. La Oficina de Turismo de Serre Chevalier repartía folletos informando de dónde no podría aparcar el día siguiente, de a qué horas no podría circularse por la única carretera que atraviesa la localidad.

De los picachos, los riachuelos y los espesos bosques de pinos y alerces llegaba un fresquete saludable, pero Serre Chevalier tenía el corazón caliente y excitado. En la taberna *The White Hare* el volumen de las conversaciones en varios idiomas subía a medida que caían las pintas de cerveza: "Induráin no lo tiene ganado; vamos a ver que hace mañana en el Galibier"; "No hará nada porque no lo necesita; se va a llevar el Tour tan sólo con las contrarreloj"; "Qué dices; les va a demostrar a todos quién es"; "Los italianos tienen que atacar mañana; si no, están perdidos"; "¿Y usted de dónde viene?"; "Yo, de Luxemburgo; este año me he organizado las vacaciones siguiendo el Tour; ya estoy harto de playa"; "Otra ronda, por favor".

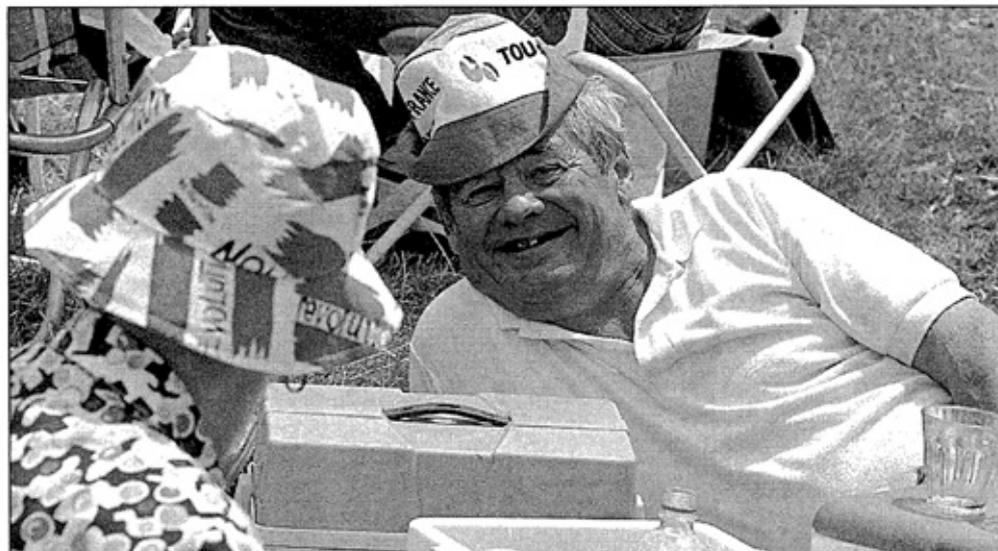
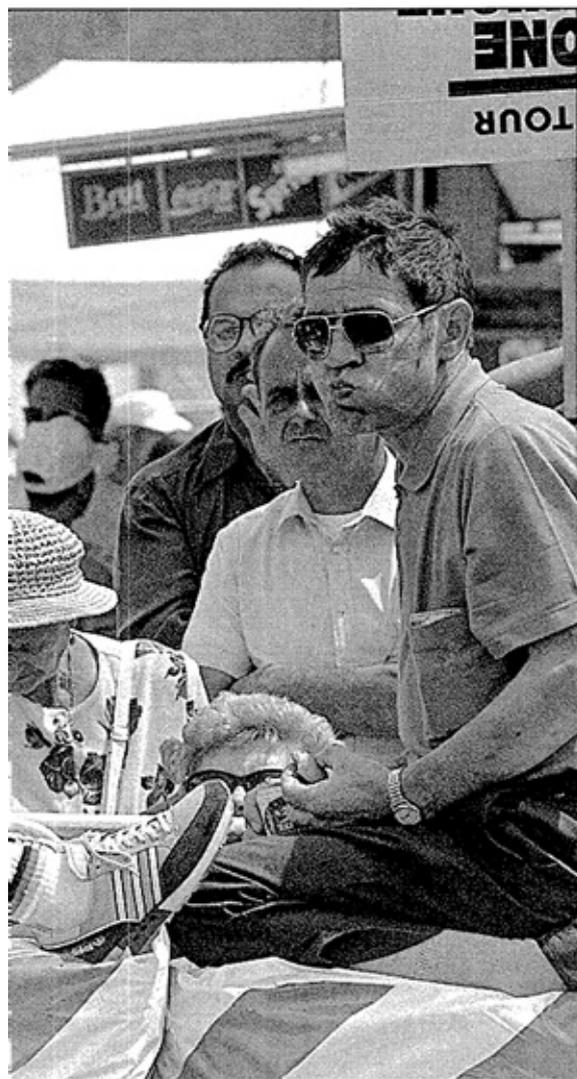
Amaneció el gran día del 14 de julio. En torno a la estrecha *ese* de la línea de llegada se espe-

saba la muchedumbre de los vecinos del pueblo, los veraneantes y los seguidores del Tour. "Calculamos que hoy hay aquí unas 60.000 personas", decía Alain Benson, director de la Oficina de Turismo. Benson confesaba que deseaba la victoria de un corredor italiano. "Compréndalo, sería una magnífica publicidad de nuestra estación entre nuestros amigos trasalpinos", decía. Y añadía que al municipio de Serre Chevalier el paso del Tour le iba a costar unos 2 millones de francos (unos 46 millones de pesetas), incluidos los 600.000 (uno 13 millones de pesetas) entregados a la organización de la carrera.

Quemaba el sol y rasgaban el cielo varios helicópteros. De cuatro autobuses descendieron decenas de gendarmes. Venían de Bretaña. Su capitán les formó en un prado en el que se zampaban unos muslos de pollo unos italianos con pancartas animando a sus compatriotas Chiappucci y Bugno. El capitán impartió sus instrucciones: "Tenéis que dar la cara al público; no quiero que ni uno solo de vosotros se vuelva para ver la llegada de los corredores, ¿está claro?"

Todavía se estaban pintando sobre el asfalto las marcas de la llegada a la meta, cuando desde su tribuna especial 18 cadenas de televisión comenzaban a retransmitir las primeras escaramuzas de la etapa. Atacaban Alcalá y





NACHO CASTELLANO

Desde primera hora de la mañana, poco a poco los aficionados se acercan a la línea de meta. Algunos organizan un picnic para aguantar el paso de las horas.

Delgado, según decían o, mejor dicho, gritaban los comentaristas.

En ese momento, los ramos de flores de los vencedores salían de la Oficina de Turismo en dirección a la llegada. Tenían que atravesar una selva de ciclistas aficionados, niños que arrastraban trencitos, marroquies que instalaban puestos de *merguez*, batallones de gentes risueñas que descendían de autobuses matriculados en la cercana Turín y gendarmes que buscaban sus puestos de guardia.

Enarbolando una bandera ro-

jigualda, María Teresa Ríos se contoneaba a los sonos de un rock de Elvis Presley difundido por la megafonía. Castellonense de 30 años de edad, María Teresa arrastraba a Bernard Boi, su marido, y un grupo de amigos. Todos franceses, excepto ella; y, gracias a ella, todos partidarios de Induráin. Venían de Marsella, donde vivían María Teresa y su marido, profesor de instituto. "Induráin", dijo Bernard, "no ganará esta etapa, pero ganará el Tour". "Ganará las dos cosas", replicó su esposa.

Unas horas después, el nava-

ro casi había dado la razón a la castellanense. Induráin no había llegado el primero a la meta de Serre Chevalier, pero había sido el héroe de la jornada. Su asombrosa fuerza tranquila había derrotado al terrible Galibier. Había imprimido tal velocidad a la etapa que ésta había terminado media hora antes de lo previsto. "Miguel Induráin", clamaba la megafonía, "ha impresionado a todo el mundo".

Iba entrando la *serpiente multicolor*, en realidad, una *pizza* de colores a cual más chillón y fosforescente. Y con ella una ava-

lancha de publicidad en las camisetas, los pantalones, las gorras, las gafas de sol, los cascos, los guantes y los calcetines de los corredores. Y en los coches, motos, furgonetas y camiones que les rodeaban. Y en las vallas y pancartas colocadas por todas partes. Al socaire del Tour, se anunciaban en Serre Chevalier desde cremas de castaña a cromos de animales prehistóricos, pasando por ordenadores, coches, bebidas refrescantes y todo lo que la humanidad es capaz de producir.

La meta era un alucinante desbarajuste. Corredores, técnicos, organizadores, gendarmes y espectadores formaban una apretada piña que intentaban abrir bicicletas, motos, coches y camiones. Alrededor había toda una feria.

Unos se habían disfrazado de personajes de Walt Disney para que los niños se fotografiaran con ellos. "Será un recuerdo inolvidable", decían a los escépticos padres. Como *inolvidables* eran los gorros, *pin's*, camisetas y periódicos conmemorativos de la 80ª edición del Tour. Y como *imprescindibles* eran los refrescos, bocadillos, helados y almendras garrapiñadas.

A esas alturas de la jornada, todo el mundo estaba colorado como un pimientón. Los 25.000 espectadores italianos desplazados para la ocasión plegaban sus banderas con tristeza. Sus campeones habían perdido definitivamente el Tour. Cientos de niños daban gritos de felicidad cuando tocaban a los corredores, que intentaban abrirse el camino de sus hoteles. En las pantallas del circuito cerrado de televisión, Tony Rominger, el ganador de la etapa, declaraba: "El problema es que no puedes tener la menor debilidad".

Así fue pasando la tarde del 14 de Julio. Luego llegó la noche con sus fuegos, sus bailes y su "Que viva España". Fue una declaración de amor al Sur, que, en las piernas, el corazón y los pulmones de Induráin, había encarnado la épica de la jornada.

Al día siguiente, Serre Chevalier despidió al Tour. Una banda de soldados alpinos, con boinas y uniformes blancos, interpretó temas montañeros. Pedro Delgado bromeó con todo el mundo. El príncipe Alberto de Mónaco, descorbado y con gafas de sol, se situó al frente del pelotón en formación. Se le juntaron Jacques Toubon, ministro francés de Cultura, y Michel Platini. De entre el amasijo de bicicletas avanzó una que transportaba al hombre vestido con el *maillot* amarillo. Impávido, Induráin posó junto a las personalidades. Una chavalina logró burlar a gendarmes y guardaespaldas y le arrancó un autógrafo a *Miguelón*.

A las 10.30 arrancaron los ciclistas. A los pocos segundos se alejaban de Serre Chevalier a toda velocidad, y eso que tenían mucha montaña por delante y mucha paliza por detrás. Induráin iba embalado para su segunda proeza alpina. "El Tour está terminado", dijo Frederic George. Para Serre Chevalier era evidente. Tres horas después de la salida de la etapa, en el pueblo no quedaba el menor rastro de que la *grande boucle* hubiera pasado. Todo había sido desmontado, todo había sido limpiado. Todo el mundo se había ido.

En ese momento, el alcalde de la estación alpina era el hombre más feliz en el valle más feliz del país más feliz del mundo.